III

El Córpus.

I

Cuentan que el doctor Francia, el célebre dictador del Paraguay, por un capricho singular de su carácter hipocondriaco y excéntrico, cuando abolió las procesiones religiosas en la pequeña República que tuvo la suerte y la audacia de gobernar como un rey, esceptuó solamente la procesion del

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Córpus, la cual siguió haciendo las delicias de los devotos de la Asuncion y demas pueblos de aquella comarca feliz.

Pues no parece sino que en mi pueblo (Tixtla) un discípulo del doctor Francia se encargó de promulgar y de hacer cumplir las leyes de Reforma, porque de las cuarenta procesiones con que los fieles cristianos de aquel lugar celebraban otras tantas fiestas católicas, señaladas y no señaladas en el calendario, pero mantenidas por una tradicion no interrumpida, solo la del Córpus se conservó á ciencia y paciencia de las autoridades, que no contentas con tolerarla, solian marchar gravemente y empuñando sus bastones amarillos de puño de oro y borlas negras, detrás del Sacramento.

Y yo creo (sea dicho aquí entre nos y sin que nadie nos oiga) que la tal procesion del Córpus se conserva todavía, tan fresca, tan concurrida, tan solemne y tan regocijada, como cuando yo era chico y la ví y tomé parte en ella, á fuer de niño reverente y bien

criado, comedor de *elotes* calientes y jugador de trompo.

Para presumir tamaña infraccion de las Leyes de Reforma, fúndome mas que en denuncias privadas, ni en párrafos de gacetilla, en el apego de los indígenas á las costumbres inveteradas (y son ellos quienes principalmente preparan y celebran la procesion del Córpus), en la aficion de los mestizos á las pompas, aunque aldeanas del culto, así como en su amor al ócio y á la golosina (lo mismo que por acá) y algo en la circunstancia puramente contemporánea, de no celebrarse por aquellos rumbos la fiesta nacional del 5 de Mayo, con el estrépito y solemnidad que en el centro de nuestro país.

He notado (será aprension de mi parte) que aquí en México, la gente extraña poco la fiesta del Córpus que ántes se celebraba con gran pompa y procesion solemnísima que recorria las calles debajo de aquella *vela* enorme, á la que llama todavía el pueblo la *vela del Córpus;* y reflexionando acerca de

semejante falta de extrañeza de la gente piadosa, me he dado á pensar en los motivos que para ello habria, y no he encontrado otro mas satisfactorio que la proximidad de la gran fiesta profana del 5 de Mayo.

Supongo ¡pecador de mí! que la gente piadosa de aquí, como de todas partes, necesita de tiempo en tiempo, no motivos religiosos para manifestar su fé, sino motivos de diversion para pasar las horas alegremente, para esparcir el ánimo, para satisfacer las necesidades de su organismo, segun que desciende la temperatura hasta el frio polar, como en la Noche-buena, ó que se eleva hasta los ardores del Ecuador, como en el Córpus y san Juan.

En efecto, hay épocas en el año en que al sentir la influencia de las poderosas corrientes que agitan la atmósfera, la humanidad, lo mismo que los brutos, se siente extrañamente espoleada por irresistibles deseos y propensiones que la obligan á salir en busca de solaz, de comunicacion, de ruido.

Diríase por algunos pensadores sistemáticos, que esto acontece siempre que la vil materia se siente conmovida por sus leyes irresistibles; pero hay otros pensadores que con mas acierto aseguran que no hay tal, y así debe de ser, puesto que ningun hecho práctico puede citarse en apoyo de la teoría anterior.

De todos modos, la religion, bien podria decirse, las religiones, se han apresurado en todo tiempo á dirigir los instintos y movimientos humanos, causados ó no por las estaciones, y á enderezarlos por los caminos de la virtud. Así es: que á cada agitacion de los sentidos, á cada revulsion de la sangre, á cada apetito de distraccion, han respondido con una fiesta. Allá, en otros tiempos, cuando dominaba el impuro paganismo, eran las grandes Panateneas, las Dionisiacas, las Saturnales, las Lupercales, las Bacanales y otras mil; y ahora, es decir, en los tiempos del cristianismo, han sido las cien fiestas generales del culto y las mil de cada

localidad, de cada pueblo, de cada diócesis, de cada parroquia, de cada villorrio, las que se encargan de tan piadosa tarea.

Eso tal vez explica las magníficas y prolongadas fiestas de la Edad Media, las numerosas letanías rurales que durante la primavera serpenteaban por las verdes colinas y por las risueñas llanuras y que los españoles introdujeron en nuestro bello país, las fiestas campestres que se complace en describir Chateaubriand, las que pinta con poético pincel el vizconde de Walsh, y las peregrinaciones eucarísticas de que se burla con su ironía implacable y su verba graciosa, el delicioso escritor contemporáneo Paul Parfait.

Eso tambien explica la facilidad con que en nuestra República se violan las Leyes de Reforma que han suprimido las fiestas católicas y prohibido las procesiones, y el constante compadrazgo que celebran las autoridades políticas con los curas y los sacristanes, para sacar á cada momento de su

iglesilla á los santos de palo á fin de que tomen aire procesionalmente y presidan una bacanal. En realidad, es el vecindario el que desea tomar aire y satisfacer las necesidades de su sangre y de su estómago.

Pero este articulejo va degenerando en disertacion sobre las causas de las fiestas religiosas, y tal idea no entraba en mi propósito. Volvamos, pues, al *Córpus* de mi tierra.

II

Esa fiesta solemne que tanto alboroto causa en mi sencillo pueblo, no llama la atencion, sin embargo, por alguna circunstancia que excite fuertemente la curiosidad. No hay en ella, ni embaucamiento, ni trampantojo, ni especulacion. Ni presenta la pintoresca danza de caballeretes como en Sevilla, ni de segadores como en otras ciudades de España, ni exhibe al horrible mónstruo de la Tarasca como en las ciudades flamencas, ni saca á luz una copia de las

hóstias animadas de Ulmes y de Douay, ni de la hóstia mariposa de Billettes, ni de la hóstia equilibrista de Faverney cuyo culto renovó Pio IX en 1864, ni siquiera saca á relucir una Custodia gigantesca de oro cuajada de pedrería. Nada: es un Córpus humilde y aldeano y al que solo prestan atractivo la pompa rústica de las enramadas, el aderezo primoroso de los altares y el gracioso cortejo de los santos que van en la procesion.

Aunque la fiesta fué introducida, como es de suponerse, por los españoles, y ha sido mantenida por los curas y los mestizos católicos, son los indígenas medio-idólatras, quienes se esmeran en darle todo el encanto que su imaginacion pintoresca puede sugerirles, y merced á ellos, la procesion tiene un carácter original y peculiarmente americano, único lado que la hace digna de mencion.

Como el *Córpus*, en su calidad de fiesta movible, se celebra á veces en el mes de

Mayo y á veces en Junio, la riquísima vegetacion de la zona templada del Sur, ofrece á los indígenas la ocasion de ofrecer los primores del campo y de la montaña, para la decoracion del templo, de la calle y de los altares.

Supongamos que la fiesta cae en Junio, como en este año (1880). En la zona montañosa que se extiende en el sentido de su latitud, desde el Mescala hasta el Papagayo, han caido ya las primeras lluvias. Los espesos y dilatados bosques de pinos y de encinas, que revisten aquellos intrincados ramales de la Sierra-Madre que atraviesan del Este al Oeste el antiguo Sur de México, se han adornado ya con un luciente y magestuoso manto de hojas nuevas. En las profundas quiebras y empinados riscos, han brotado ya los helechos mas exquisitos y raros, en las grietas de los troncos añosos y en las hendiduras de las rocas, se han dejado ver, fecundadas por el aire y la luz, las mas hermosas orquídeas, y en las alegres

colinas y en los llanos risueños de los pequeños valles limitados por la sierra, el agua del cielo y el sol de Junio han extendido como su lecho nupcial, una inmensa y suave alcatifa de espesa grama esmaltada de flores, flores innumerables; las cien familias conocidas y desconocidas de la Flora intertropical.

Ya en este tiempo, la estacion de aguas se ha establecido y las mañanas calurosas y llenas de luz, alternan con las tardes nubladas y las noches lluviosas y oscuras.

La tierra parece estar de fiesta; es el tiempo de su gestacion fecunda y solemne. Corre de las montañas, al amanecer, un viento poderoso y salubre, disípanse los nublados de la noche, y la luz del sol de la mañana, los prados que han bebido el agua del dia anterior

.....*Sat prata biberunt.*

presentan con una especie de orgullo el aspecto gracioso de sus extensos maizales, nacientes todavía.

Tal es el carácter del paisaje que rodea mi humilde pueblo nativo en la estacion actual.

Ahora bien: así como el domingo de Ramos es para los indígenas la fiesta de las palmas y de las flores de primavera, el *Córpus* es para ellos la fiesta de las encinas y de las flores de estío.

La encina ocupa en su imaginacion un lugar tan prominente como el Sacramento; tal vez mas, siendo así que no conocen éste mas que por los esplendores de la Custodia de oro, y conocen las encinas del país por la forma de sus hojas, por el color de sus troncos y por el tamaño de sus frutos. Para ellos, el misterio de la Eucaristía se halla á la altura de los misterios de la vegetacion, y no se meten á discutirlo ni á afirmarlo. Les han dicho que la Custodia es cosa mejor que su Señor Santiago y los demas santos de su *teocalli* y ellos, sin creer ni pizca de los milagros de la Custodia, que no tiene forma humana, siguen encomendándose á

sus santos de madera, aunque han consentido en que estos formen cortejo á la Custodia de oro en la procesion del *Córpus*. Hasta me ha pasado por las mientes que todo el afan que muestran los indígenas en hacer y adornar las enramadas de la procesion, no tiene otro objeto que el de tributar un homenaje mas bien á la escolta que al escoltado.

Como quiera que sea, el mártes anterior al juéves de Córpus, la muchedumbre indígena invade la montaña y penetra en los espesos encinares que la cubren, para cortar la madera y los ramajes que han de formar las enramadas para la procesion. Y aquí hay que decir con el poeta:

"Mírola ya que invade la espesura
De la floresta opaca, oigo las voces,
Siento el rumor confuso; el hierro suena.
Los golpes el lejano
Eco redobla."

Y gimen las encinas y rinden las copas que servirán de toldo á la cristiana comitiva.

Y en la noche, la multitud indígena regresa á la ciudad, en medio del silencio y llueva ó no llueva, comienza su ruda faena de cavar los pozos en que se han de elevar los postes que han de soportar la enramada, de formar ésta, tejiendo el techo con los ramajes y de adornarlo con hojas de heno y cadenas de flores.

El miércoles en la mañana, la pequeña plaza del pueblo presenta un aspecto singular y pintoresco. Quinientos indígenas forman, con su rapidez y habilidad ordinarias, la larga série de enramadas que, comenzada por un lado desde la puerta de la iglesia mayor, sigue por una calle lateral y por todos los lados de la plaza hasta terminar por el opuesto, tambien en la puerta de la iglesia.

La muchedumbre de mestizos que habla el castellano, contempla la faena, pero sin tomar en ella la mas pequeña parte.

El miércoles en la noche, las enramadas están concluidas, y las flores que deben col-